

REFLEXIONES EN TORNO A LA RUMBA TECHNO DE AFTERS EN BOGOTÁ

Emerge un golpe en la ciudad, el *beat* de *techno* que acecha exige ser visto, oído, interpretado, comprendido, interpelado. Urge acercarse a él para desmontar los prejuicios y las prevenciones que excluyen al otro sin reconocerlo como tal. La primera vez que vi un “*pogo*” roquero sentí que no tenía sentido, descalifiqué de entrada lo que después de un tiempo ganó un espacio de reconocimiento y legitimidad dentro de los usos estéticos de la ciudad. No vi en ese ritual más que un desencuentro irracional y violento de cuerpos que se enfrentaban, que chocaban con mis hábitos enmarcados dentro de las “buenas costumbres”, que no merecía la atención sino la vigilancia y la represión. Luego empecé a ser capaz de representarme ese choque juguetón y metafórico de cuerpos alrededor del *metal*, como un acontecimiento producido y significado por unos jóvenes, que comparten con todos los habitantes de esta ciudad una realidad que les quita más de lo que les da, que les prohíbe más de lo que les posibilita, ciudad-máquina, ciudad-aceleración, de la que el rock sólo es expresión y paradigma. Esta divergencia emocional y cognoscitiva entre la *techno estética* y mi recatada mesura, se atenuaba un poco gracias a mi historia familiar con el rock.

En el caso del *techno* el desencuentro es una certeza. Mis primeros contactos con la noche *techno* bogotana fueron



desgarradores, la percibí como algo desagradable y de difícil interpretación, la estridencia de las máquinas a un volumen insoportable, la reiteración eterna, la total monotonía. Qué es esto!... Sentí que ya era imposible seguir negando el paso del tiempo, que el relevo generacional era un hecho y que era hora de empezar a usar frases que hasta el momento sólo estaban reservadas para padres y abuelos. ¡Eso no es música!. ¡En qué andan los jóvenes de hoy! ¡A dónde hemos llegado!. Otras de cuño más intelectual pero que pueden estar diciendo lo mismo: qué ética está apareciendo o qué tipo de individualismo secular es éste. Pero acercándome un poco a algunos personajes que participan de la rumba, me interpelaron sobre lo que yo no dejó ver como un misterio, afirmando que es tan sólo una rumba, como cualquier otra, con sus sitios, su música, sus drogas y sus estilos propios, que no es sensata la interpretación que yo estaba haciendo, que es más producto de la encandilada sensualista que me había producido, que había sido un revulsivo inquietante para mis más oscuros deseos, que le bajara a la nota. De ahí en adelante vengo haciendo ese esfuerzo, pero sigo sin poder dejar de ver que con esta nueva forma rumbear se están produciendo cosas inéditas dentro de la cultura, al mismo tiempo que se

están recuperando otras profundamente arcaicas, guardadas en las reservas rituales y sagradas de la humanidad.

La noche *techno* bogotana tuvo una contingencia afortunada en la implementación de la *ley zanahoria* en Bogotá, coincidencia entre una prohibición que alteraba los tiempos y espacios de la rumba y una estética de vanguardia que venía evolucionando en la ciudad. Aparecen los *after parties*, la clandestinidad que catapultó la consolidación de una pequeña escena *techno* en la ciudad. Estas fiestas comienzan a crecer con el tiempo, con relación a la cantidad de gente que asiste, la capacidad y potencia tecnológica y la calidad de las propuestas artísticas: la música, las imágenes de video, las luces, los escenarios, la plástica, etc. Y, por supuesto, las drogas. El movimiento se alimenta permanentemente de la vanguardia europea y gringa, a través de canales diversos como la Internet, el voz a voz de los *disc jockeys* (*D.J.*) que viajan, muchos de ellos extranjeros, y los bares de la ciudad, particularmente de tradición *gay*. La evolución obliga a que se desdibuje el exclusivismo del principio de la rumba, abriendo campo a la comercialización, pero permite a la vez una masificación que tiene de suyo toda contracultura.

RELATO DE UNA RUMBA DE AFTER

A continuación presento el registro de una noche de rumba *after*, hace un tiempo, en una vieja casona a las afueras de Bogotá.

“La fiesta había tenido amplia divulgación esta vez, tengo entendido que no siempre es así. Una gran fila de carros está tratando de entrar al amplio parqueadero de la “gran casona”. Nosotros nos bajamos y caminamos, esperamos a los del otro taxi en la primera entrada. La primera impresión, bueno, después de haber visto tanta gente, es cómo está esa gente. De entrada, me obligan la mirada los más llamativos. La ropa y los accesorios que llevan sobre el cuerpo, la forma en que usan el cuerpo. Hay mujeres muy ligeras de ropa, parecen vestidas para otra ciudad, más caliente; ligeros los cortes y ligeros los materiales, livianos, suaves. El cuerpo se ve, la piel está por todas partes. Pero la piel también se usa. Veo espaldas y vientres por todas partes,

tetas y tetas, pero también veo la piel penetrada en las cejas, en algunos ombligos, pelos de muchos colores, amarillos, blancos, rojos, verdes, la escarcha cubre y brilla sobre uno que otro, en la cara, en el pelo. Un estilo se repite, pelo liso y mono, más o menos largo, en mujeres delgadas. Esto que describo no es la mayoría, me empiezo a dar cuenta de que no hay “mayoría” en la apariencia, hay una inmensa heterogeneidad, me sorprende. Hay un estilo que me llama mucho la atención, lo veo en hombres y en mujeres, el pelo corto y muy amarillo, estos personajes son a la vez los que llevan la ropa más llamativa, para mi están disfrazados. Una de ellas lleva un vestido blanco, como de piel, y unos zapatos blancos muy grandes, parece una paloma. Los zapatos de plataformas inmensas. Hay otra moda que me llama la atención, la llevan algunos hombres, una camisa más bien “retro”, como las de las fotos de mis hermanos mayores cuando chiquitos, de cuello grande, de colores vivos o de uno sólo pero brillante, bien abiertos los botones, descubiertos del pecho. Son como “traqueticos”, me parece que hay varios que van así. Hace frío, pero está claro que esto no es problema. También veo que empiezan a rodar botellas de agua purificada. La casona se ve al fondo. El camino está marcado por antorchas.

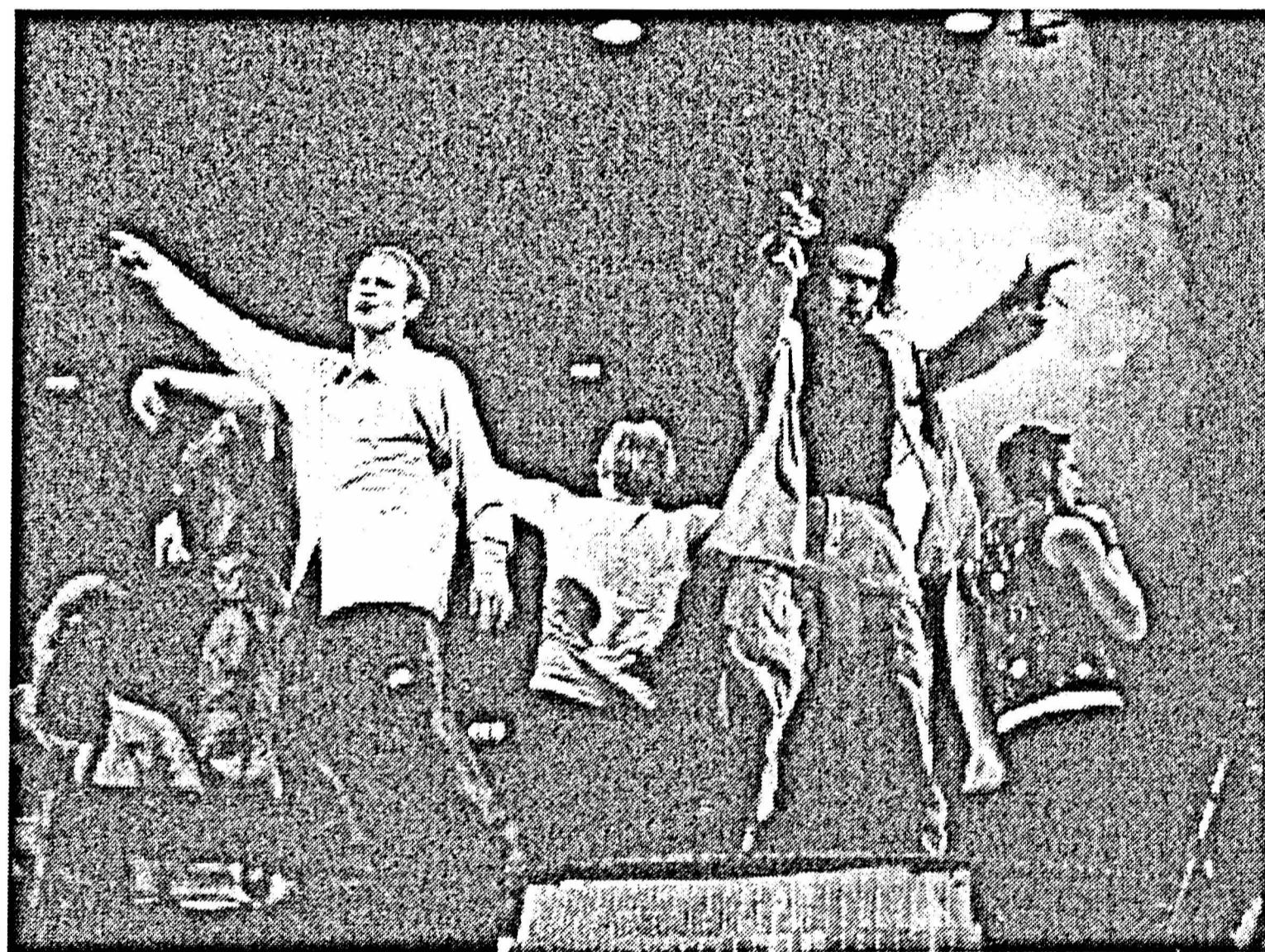
Ya está más cerca la casa, son varios pisos, oigo mejor la música, se ve el reflejo de las luces por los ventanales, ya muchos han entrado. La gente quiere entrar a cómo de lugar, no sé si es por que ya hicieron semejante viaje o porque la rumba esta muy buena.

Todo esto me parece algo inusitadamente audaz para mí. Ya estoy en los magníficos ante-jardines de la casona, todo es como ensñado, hay especies de laguitos y puentes y caminitos de piedra.

Me sorprende ver a mis amiguitas, las ejecutivas de entre semana, rodando por el piso para colarse a una rumba y vestidas como van, la verdad sí no fueran mis amigas... Estamos listos para entrar por fin a la fiesta, supongo que serán ya como las dos pasadas. Ya frente a la casa veo unos personajes que hacen parte de la logística, custodian unas “lámparas” que proyectan con luz sobre las paredes, el sello de los organizadores, parecen de la Mitsubishi. La música, sin haber entrado, ya se siente en lo profundo.

La casa resuena, literalmente vibra por la intensidad del sonido. Para entrar hay que pasar una escalera en donde se aglomera mucha gente, andamos muy despacio, algunos parecen que conversan, otros parecen que están tomando un poco de aire y otros compran en una mesa frente a la puerta de entrada algo de licor, en un pequeño bar improvisado, con una mesa y una carpeta, venden agua, se ven muchas botellitas desechables de agua. Entramos y me sorprende la inmensa cantidad de gente, cada quien ocupa de pie justo el espacio que exige un ser humano, físicamente, porque fisiológicamente me parece insuficiente. Siento que me empieza a faltar el aire. La mayoría están ligeros de ropa, hace mucho calor pero estoy pensando en tantas cosas que pensar en quitarme el saco y la chaqueta no se puede, además cómo me los quito, dónde los pongo. También estoy muy tímido, como inhibido. Me parece que son muchos grupos pequeños, unos al lado de los otros, pero cada uno en lo suyo. Nosotros hacemos lo mismo, lo primero que hacemos es ganar un sitio, nos lo abrimos un poco a la fuerza pero realmente no es tan complicado. Funciona en forma similar al fenómeno “buseta bogotana”, la gente se corre y cede donde en principio parece completamente imposible. Todo el

mundo está de pie, no hay mesas por ningún lado, mucho menos una silla. Todos mueven la cabeza de arriba hacia abajo en un eterno “sí, de acuerdo”, otros la mueven de repente de un lado a otro, como sacudiendo la monotonía, como reaccionando. La posibilidad de que alguien demuestre sus facultades bailando, se las dé de estrella es difícil, la posibilidad de movimiento está muy reducida como para el lucimiento personal, además creo que no es importante. El movimiento del baile es como de saltos, pero sin levantarse del todo del piso, contoneos, estirando el cuerpo hacia arriba. La música está a tope, invade los cuerpos, a juzgar por lo comprometidos que están con el movimiento y porque en mi cabeza no cabe otra cosa, la



música la ocupa totalmente. No es fácil para mí descifrarla, prácticamente la desconozco, pero entiendo que de eso no se trata y simplemente trato de dejar que mi cuerpo entre directamente en relación con ella. Siempre quero entender las cosas y creo que de esta manera se convierte en un muro entre el espacio y yo, en un obstáculo. Aquí no hay que “entender” el ritmo y “saberlo” bailar. La música no tiene letra, sólo hay que conectarse con ella, y de la manera más arcaica posible: por contagio, por cercanía, como que los unos nos movemos porque los otros nos mueven y así sucesivamente. Quién mueve a quién? El espacio retumba, el cuerpo resuena, no hay campo para más.

Descubro en la música varias frecuencias simultáneas, dos más bien evidentes, las que identifican un momento, que son lo que intuyo: una canción. La música nunca se detiene, un silencio es resistido con gritos de inconformidad de los que están bailando, como si se tratara de una “suspensión”, de dejarlo colgado a uno y después soltarlo. ¿Lo de las frecuencias? Si, hay una que es un “bum, bum, bum”, como el ritmo del corazón, con taquicardia por supuesto, muy orgánico, que va a lo largo de toda la pieza. Otra, que es una serie corta de notas

que se reitera constantemente, esto es el rasgo más reconocible, lo difícil, pero tarareable; hay otras frecuencias pero para mí son más difíciles de identificar, se me antojan mucho más azarosas. Siento que el *DJ* transforma todo el tiempo las velocidades, introduce sonidos y manipula el volumen, no sé me parece, pero cómo podría subir el volumen más de lo que está? Va aumentando progresivamente la intensidad de cada pieza, o de varias juntas, no se si es el volumen o la frecuencia, o qué lo que se es, pero la cosa va en ascenso. Cuando termina, enseguida monta otra serie sobre la anterior que, o bien, sostiene ese aumento de intensidad o la disminuye para volver a comenzar la progresión. El parece que

decide para dónde vamos, para volvemos a llevar de abajo a arriba en un eterno círculo que dura toda la noche. Los cuerpos obedecen sumisos la imposición, se conectan con esa aceleración, siguen las pautas de la intensidad, pero no con movimientos organizados, cada uno en lo suyo. Pero quien lo ve desde afuera observa la conexión, no es una comparsa, con pasitos preestablecidos, es un todo que se mueve, la masa. Probablemente haya movimientos más esquematizados, algunos los tratan de hacer, pero esta noche hay tanta gente, tan poco espacio entre un cuerpo y otro que la experiencia se transforma en un movimiento repetitivo y limitado, lo que no le resta emotividad ni fuerza, todo lo contrario. Esta coreografía es la vida misma, un desorden vital. El lucimiento es para otras rumbas, aquí se lucen es con la ropa, con la belleza, la luz está en otra parte.

El sonido es muy estridente, sobre todo esos ruidos que llamo azarosos, son como máquinas en funcionamiento pero llevadas al extremo, como

impresoras de computador, como fresas de odontología, como taladros para pavimento. Sonidos que uno considera normalmente intolerables pero que llevados a un exceso de velocidad y volumen se transforman en otra cosa y producen profunda conmoción sobre los cuerpos, pero distinta a la que uno hubiera podido imaginar.

Tengo que aceptar que los disfruto, me gustan, me gusta lo que hacen conmigo, me estremecen. No rompe los cuerpos, o tal vez lo hace de otro modo, tal vez desmembra por dentro, descoyunta el alma.

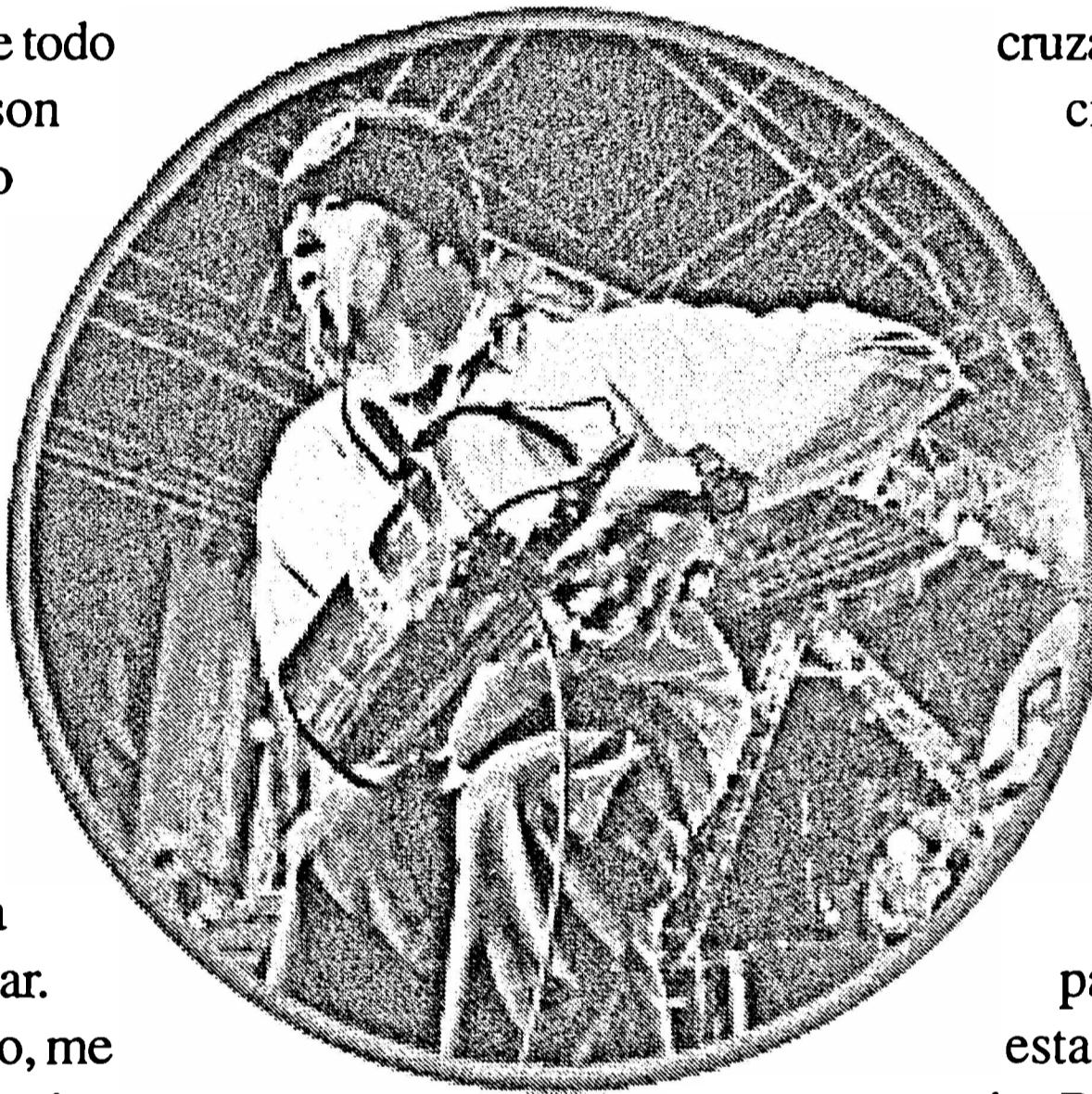
En fin, la música oscila en vaivenes de intensidad que regulan los movimientos y la vivencia emocional de los participantes, afectan por dentro, pensar no es fácil, la mente se pone como en blanco, aturdida. La gente se expresa con gritos de júbilo cuando la cosa va hacia arriba y cuando llega a lo más alto, hay alaridos, felicidad, los brazos se levantan, se mueven las manos, no de una forma necesaria, obligatoria. Nos van como buscando algo en el cielo, otros, ostentan pretensiones más “artísticas”, otros cierran el puño, otros hacen figuras con los dedos, todos p’arriba, p’arriba! Cuando la intensidad

baja, las luces prácticamente se apagan, la gente se mueve muy poco, pero nunca se detiene. Cuando se va hacia arriba las luces se intensifican, aparecen unas distintas y aumentan la intermitencia, se sintonizan con el sonido y con el movimiento de los cuerpos.

Hablo de la música, porque de entrada es lo más impactante, estamos en una casona vieja y hay tanto sonido como para un concierto al aire libre, los bafles son enormes, todo vibra.

Volviendo a la gente, siento que éste es un espacio para la mirada, todo el mundo mira todo el tiempo la cara de otro, el cuerpo de otro, aunque al mismo tiempo cada quien está en su cuenta, es raro, contradictorio, pero así lo veo. Cada vez que paso cerca a alguien, cruzamos las miradas. En la mirada hay cierta dureza, como de chico malo, pero comienzo a entender que no es eso, que es más como la cara sería de un modelo ante la cámara, tratando de dar su mejor ángulo. Todo esto casi que en tinieblas, hay luces pero igual es oscuro.

La gente con la que vengo, rápido entiende que algo falta, un par de breves frases y comienzan a recoger el dinero para comprar *éxtasis*. La rumba esta muy buena, hoy va a sonar el mejor *DJ* y vale la pena una pepa. La mujer de nuestro grupo que más conoce el ambiente, empieza la búsqueda de su proveedor, da una vuelta larga y no lo encuentra, vuelve a donde estamos y decidimos ir a otro lado. Nos hallamos en el hall de la entrada y es incómodo, pasa mucha gente, nos toca dar paso todo el tiempo. Yendo hacia el segundo piso un pequeño tumulto nos pone frente a lo que estamos buscando, un *dealer*, un jíbaro en mis términos de vieja guardia, está cerrando un negocio con otra gente, tiene un encendedor prendido y está contando la plata. Mis amigas no lo conocen pero le compran de una, hacemos una vaca y pepas para todos. Algunos compran una entera, otros compartimos una entre dos, algo de prudencia y temor de mi parte. Intentamos pasar al segundo piso, pero ha sucedido algo y lo cierran,



no nos dejan seguir. Voy pensando en porqué debemos confiar en ese tipo, en el jíbaro, su aspecto no me gusta, se viste igual que muchos, tiene ropa "alternativa" y todo, pero en su aspecto hay algo como de "llevado", tal vez parte de la imagen que quiere dar, quizás es un caso de quien vende droga para pagar la que se consume. Siempre he pensado que el mejor jíbaro es el que no lo parece, pero en fin... Mi grupo no tiene ni los reparos ni los escrúpulos míos. Yo sigo pensando en que fue lo que nos vendieron, si se corre algún peligro, pensando, pensando, pensando.

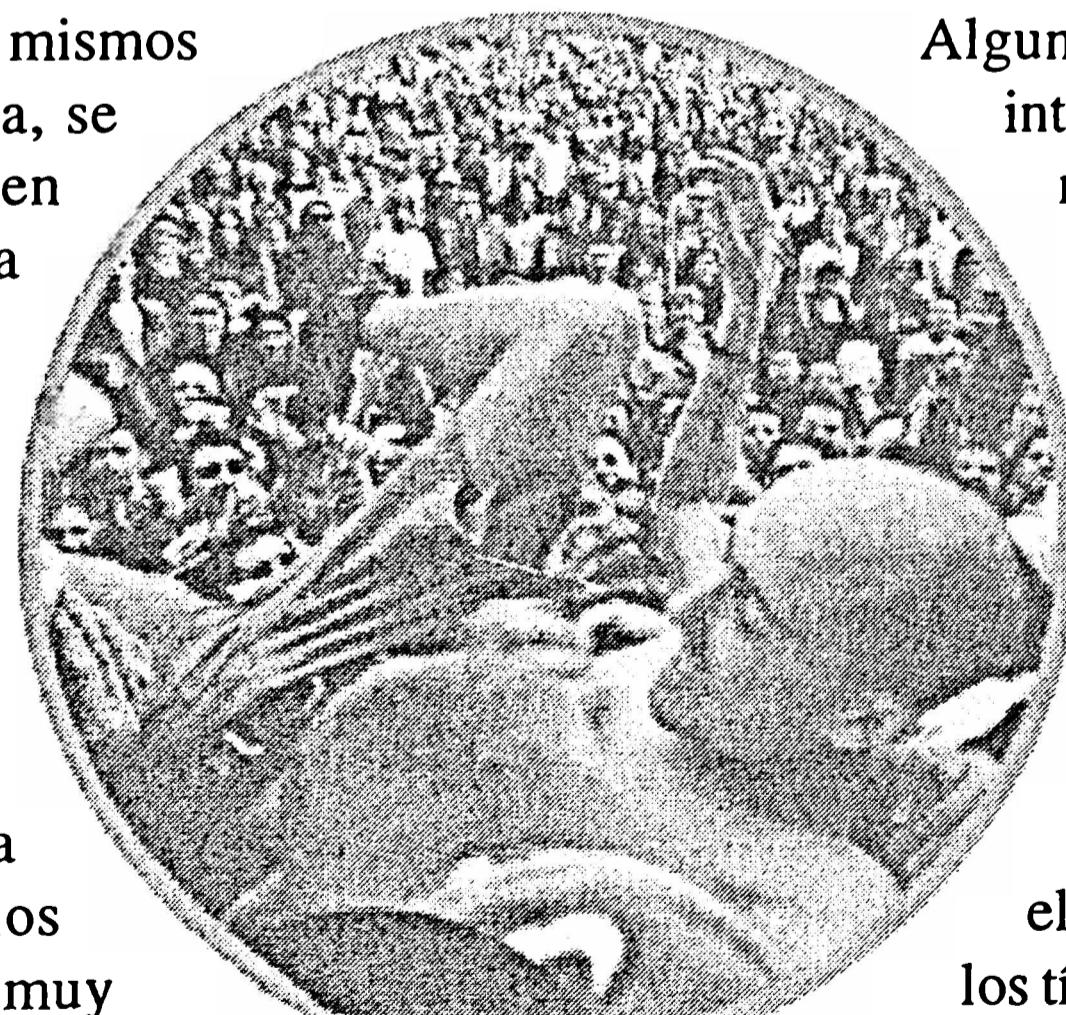
Volvemos a donde estábamos antes y vamos a uno de los salones que están al lado, allí estaban los bafles y los equipos, ahí estaban también los *DJ*. El sonido aquí sí era en serio, se metía por todo el cuerpo. Decidimos acomodarnos, reparten las pepas y yo comparto la mía con una de las *peladas*, ella parece que suelen tomar de a media. Ella la coge y la parte con los dientes, me da mi mitad y me la mando. Ahora todo estaba dado, esperamos que la pepa empiece a actuar, el sitio bien, la música según oí estaba muy bien, yo no tenía puntos de comparación, todo en su sitio para vivir esta experiencia.

Dentro de la gente que se viste como yo esperaba hay diferencias, unas van más sutiles otras más excéntricas. Unos están prácticamente disfrazados, sobre todo algunas mujeres, lo que marcadamente le da un carácter carnavalesco a la rumba, la mujer paloma, la mujer galáctica, en fin. Tres estilos en particular me llaman la atención. Una va por todas partes, deambula, con una camisa de los sesenta llena de colores psicodélicos, tiene una peluca de colores parecidos a los de la camisa, los mismos que en el maquillaje de la cara, se quiere mostrar más. Otras tienen un *look* con cierto corte *skin*, la ropa bien ceñida, pantalones de cuero y remangados, pero lo más interesante es el pelo, que está cogido por pequeños mechones en toda la cabeza, formando como pequeños paquetes, además está teñido de colores fuertes. Otras, son la viva encarnación de la seducción, dios mío!, la ropa ligera, los senos muy

expuestos o muy marcados, los senos, la espalda, las piernas, contrastes de blanco y negro, brillos fluorescentes en la cara de escarcha o de tintes, pelo liso y mono, algunas casi blanco, una de ellas mastica una luz verde que ilumina su boca, esto ya es demasiado, otras juegan con esas cositas en las manos. Estas son como parte de la organización de la rumba. Otras llevan vestidos como de fiesta elegante, incluso exquisitos abrigos, largos o cortos con finos materiales que brillan, pero para esta ocasión no usan medias veladas ni tampoco los zapatos acostumbrados, sino sandalias o algo así, lo cual produce la distorsión, que parece se busca todo el tiempo, invertir, trucar, jugar con lo convencional. Todo el tiempo siento que aquí pasan cosas, que con esta gente está pasando algo.

Ya ubicados, pueden ser ya como las tres de la mañana, decidido dar una vuelta, una señal, un pequeño gesto es suficiente para que entiendan que ya vuelvo. Tengo calor y todavía no resuelvo quitarme ni el saco ni la chaqueta, será el equis. Salgo a tomar un poco de aire. Afuera se ve un poco más la gente, me sorprende todo el tiempo ver mujeres muy hermosas, aunque siento que esa belleza es estereotipada, que muchas lo son de la misma manera y que por fuera de ese lugar no lo serían tanto, pero que esa diferencia no es pertinente sino para mi forma de procesar la realidad, que más da ser o no ser. Son monas y lisas y hermosas y divinas y de todo, pero tan parecidas que sospecho, sospecho una belleza como impostada, pero que más da, están buenísimas, eso es una certeza. Durante toda la noche salgo varias veces, quizá tantas como las que me enamoro.

Algunos están en pareja, por lo menos intentan bailar juntos, eso significa estar mirándose a los ojos mutuamente, nada de cachete con cachete, pero son la minoría. Me llama la atención una pareja que se está besando recostada contra los parlantes de un salón, me pregunto qué pueden estar sintiendo ese par de cuerpos absolutamente poseídos por el sonido, vibrando físicamente, porque los atraviesa. Paso cerca de ellos y creo que se me van a reventar los tímpanos, se les va a explotar el alma.



La gente se respeta, cada quien en su viaje, en pequeños grupos, casi nadie se habla, igual difícilmente se oiría algo. Pocas parejas y muchos están solos, pero algo me hace sentir que estamos juntos. Todo el mundo se pide excusas si llega a estrellarse o a sentir que incomoda a otro. Pura paz y amor.

La noche continúa toda más o menos de la misma manera, hace ya un buen rato que nos comimos el *éxtasis*. Lo único que sé es que en otra rumba, con otra música, a esta hora ya hace rato me estaría queriendo ir, estaría muy cansado. No, acá no siento ningún cansancio, a ratos me aburro, pero no estoy cansado, supongo que es la ayuda del *éxtasis*.

Pienso que esta gente se toma el cuerpo en serio, que durante toda la noche lo exponen a una cantidad de estímulos equivalentes en número e intensidad a los míos de un año entero. Yo con la sola (media) pepa y sintiéndome tan audaz! Drogas de unas y de otras, la música, bailando sin parar, el calor, la falta de aire, el cuerpo a tope.

La rumba se divide en dos partes, hacia las tres de la mañana, o tal vez un poco más temprano, hay una deserción grande, se van los más jovencitos, sobre todo las niñas, no tendrían como justificar llegar más tarde a sus casas. Después de eso el lugar queda un poco más espacioso, pero nunca siento que está desocupado. Es como un filtro, se queda la gente que se halla más metida en el cuento, los veteranos. La música me parece que sigue igual, pero me dicen que esta poniéndose mejor. Hay como más espacio. El momento cumbre es cuando empieza a amanece, la rumba esta a todo vapor, literalmente, se empieza a ver el vapor en las ventanas, por el contraste con la luz del sol incipiente. Devenir gallo. Siento que la gente está más feliz, la fiesta está plena. Ya quedan menos personas, van a ser las seis de la mañana, pero saltan como si hubieran acabado de empezar, tal vez hasta más intensamente. Al rato muchos comienzan a preparar la salida, buscan las puertas y se ubican afuera, en la escalera que da al jardín. Casi a las siete el *DJ* detiene la música, ya la había empezado a bajar hace unos veinte minutos, los que aún estaban bailando le gritan” “asesino, asesino, no nos haga esto.” La noche termina y con ella la rumba. Los del grupo nos buscamos para salir juntos, yo me siento menos cansado que al principio. Me preguntan que cómo estuvo la cosa.

Ya a plena luz del día las pintas se hacen más claras, es como un carnaval. Son las siete de la mañana y la gente tiene cara de querer seguir la rumba, supongo que algunos la seguirán en otro lado, en otras rumbas en este momento, o la gente está borracha, o *enguayabada* o *mamada*. La mayoría de gente se regresa en sus carros, los de los buses somos los *proletos* de la fiesta. Yo estoy en mi rollo, ensimismado, mirando las montañas y todo el verde de esa zona todavía rural, luego los primeros barrios y luego los edificios. Voy pensativo, pero a la vez tengo la cabeza en blanco. No tengo nada de sueño. Me despido de todos. La costumbre ordena que me tengo que acostar, pero el cuerpo se rebela, rechaza la idea y luego de dar vueltas en el intento, me levanto, no me puedo dormir, tengo taquicardia y me toca ponerme a hacer cosas. Pienso que el *éxtasis*, si es que eso fue lo que nos vendieron, tiene una deuda conmigo en cuestión de efectos sobre los sentimientos. Sólo hasta la noche puedo quedarme dormido.”

LA RUMBA TECHNO: ÉXTASIS, RITUAL, IDENTIDAD Y TRANSGRESIÓN

La música, el baile, los lugares de encuentro, la moda, el lenguaje, son a la vez vehículos y expresión de las grupalidades juveniles. Entendidas como *culturas, tribus o estilos*, es a su alrededor que algunos jóvenes construyen SU identidad, individual y colectiva. Hoy en día, el *techno* es una forma reconocida por la sociedad, con dos polos bien definidos: la paranoia y la legitimación. Paranoia de las apropiaciones de la noche y la ciudad que hacen estos jóvenes al margen o en los bordes de la ley, con todos los riesgos que ello implica. Esto se expresa en campañas de prensa en contra de las rumbas clandestinas y de las drogas que en éstas se usan. Legitimación, como objeto de mercado dirigido al consumo de grandes masas de población juvenil, pertenezcan o no a este mundo *techno*. Las industrias de música, refrescos, alcohol, ropa, revistas, entre otras, han adoptado y adaptado el estilo del joven “trancero” como imagen para vender sus productos. Entre estos dos polos esta la valoración que esta sociedad hace de un fenómeno que está por observar, analizar e interpretar. Este texto no pretende ser más que un acercamiento inicial a un tema “poderoso”, lleno de pistas acerca de los jóvenes de hoy en nuestras ciudades.

La situación que viven las mujeres y los hombres jóvenes urbanos en Colombia, muchas veces se expresa en actitudes y actos que alguien desprevenido podría entender como de huida o de negación. Tratando, desde la interpretación libre y espontánea del sentido común, de evitar enfrentar los efectos de la crisis económica, de las violencias cotidianas o de las acciones de guerra, mas allá de que esa tarea parece hacerse cada vez más difícil. Ahí podría encajar una lectura de la *rumba* y la vivencia de los espacios de ocio por parte de los jóvenes, más en medio de la aparente hiper frivolidad de la noche *techno*. Pero hay que tener sumo cuidado ya que ni la festividad es la superficialidad con que se suele confundir, ni podemos desconocer el inmenso esfuerzo que representa hoy para cualquiera en este país, instaurarse en la cotidianidad, aferrarse a la vida.

Hay que tomar distancia del juicio acrítico que señala, imponiendo patrones anacrónicos, a los jóvenes como indiferentes a la realidad en la que viven, ya que tener una vida cotidiana civilista y democrática en Colombia se ha convertido en un propósito heroico. Muchas de las dimensiones de la cotidianidad, hasta las más simples, en medio de incertidumbres y riesgos crecientes, implican cada vez más grandes e inusuales esfuerzos. La vida ha dejado de ser obvia, no como concepto sino como zozobra.

Es por eso que aquello que se interpreta como evitación o anomia, debe ser reconocido como un gran intento por ejercer acciones afirmativas y civilistas, no como un vano derroche, insano y peligroso. Estos esfuerzos individuales o de pequeños grupos comienzan a tener cada vez mayor relevancia en el ámbito político, ya que en su radicalidad interpelan verdades profundamente arraigadas en nuestras costumbres, resignifican un lenguaje hegemónico de violencia y muerte que tiraniza la vida de todos los días. No podemos equivocarnos al ver en la vivencia del ocio y de la noche una diversión sin importancia, que poco dice de la vida de quien la experimenta.

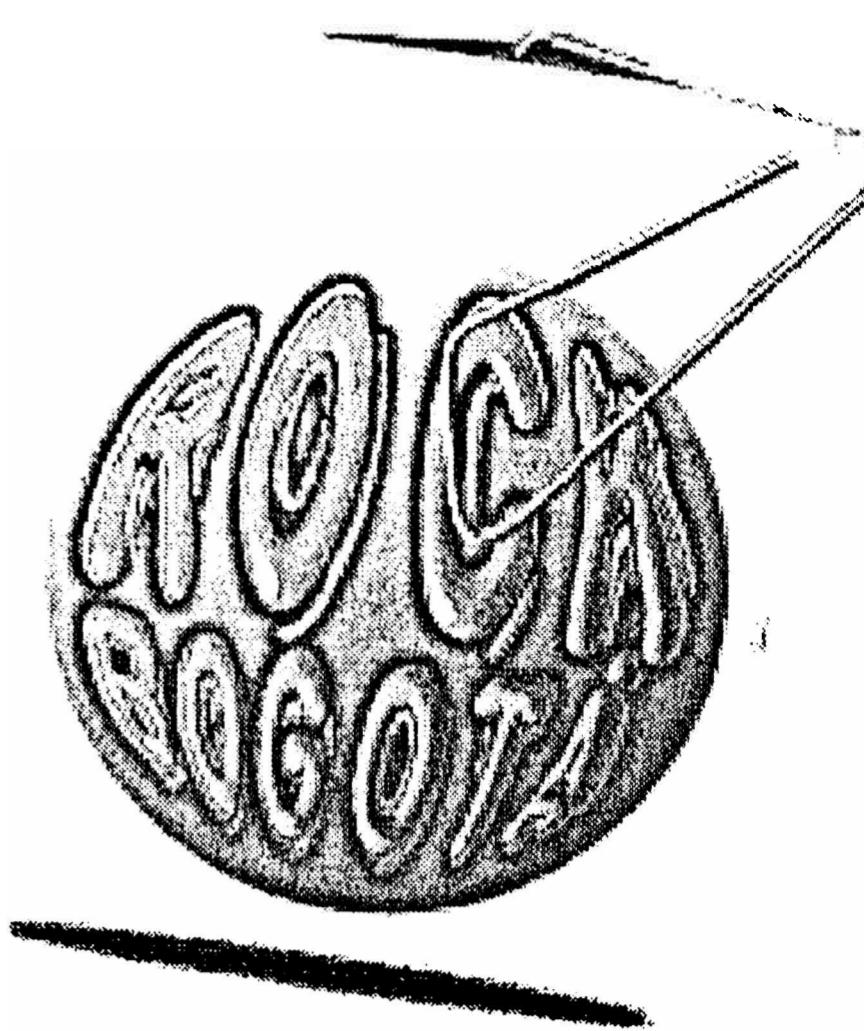
Los *after techno* son, posiblemente, expresión del renacer de un espíritu festivo que el Occidente moderno ha aislado y limitado a las celebraciones religiosas y patrióticas anuales, extrayéndoles así su sentido más profundo. Las fiestas deben cumplir un papel social fundamental, no sólo formal, pero en lo que queda de ello no es fácil observarlo, nuestras fiestas están profundamente disminuidas en su capacidad de ritual

y de celebración. La festividad en su esencia es exceso y afirmación de la vida. Toma distancia de la cotidianidad y de sus convenciones, implica obligatoriamente elementos de infracción y transgresión de las normas que rigen la conducta ordinaria. Afirma la vida, la jovialidad y la alegría a pesar de la existencia ineludible del dolor, el error y de la muerte, afirma el gozo, en el sentido más profundo. Siempre significa diferencia, contraste con respecto a la vida ordinaria, pero no por eso es frívola, su radicalidad consiste en poner al descubierto la arbitrariedad y contingencia de lo existente, al jugar con las jerarquías, los valores y los principios socialmente aceptados.

Eso es lo que se encuentra en los *after*, un deseo de trastocar y transformar la vida “normal” en múltiples sentidos, todo al interior de la vivencia de esta rumba significa juego, alteración e infracción. Quedan en entredicho transitoriamente la conciencia individual, la nociones de tiempo y espacio, los usos de la ciudad, el mundo de la producción y la utilidad. Se reivindica la vivencia del momento en sí misma, la no funcionalidad, la intensa experiencia corporal y los estados alternativos de conciencia. Tales reivindicaciones son fundamentales para la identidad individual y grupal en la medida en que son apropiaciones y vivencias de ellos para ellos, al margen y sin el consentimiento del mundo adulto.

Es un ataque frontal contra el edificio de las apariencias para poner en evidencia lo relativo de su solidez, donde todas las categorías que le dan forma a nuestra visión del mundo, no permanecen distintas, exclusivas y separadas, sino que se fusionan y se pasa a través de un continuo, de una cosa a su opuesta, que ya no lo es. Se confunden lo ilusorio con lo real, lo masculino y lo femenino, lo primitivo con lo actual, lo distante con lo cercano, lo bueno con lo malo, el tiempo con el espacio.

La experiencia del *after techno* se caracteriza por la fuerza de los elementos que la componen y, al mismo



tiempo, la definen. La música, el escenario, la danza, los psicoactivos y la multitud, son todos centrales. La música *techno*, las luces, el movimiento desenfrenado y las distintas drogas, son mediadores de una experiencia interior y, simultáneamente, colectiva de *extasis*, buscada intencionalmente.

En este caso, se trata de una experiencia extática que se busca y desarrolla grupalmente, donde el colectivo opera como un todo, más que como una suma de individuos. No es un *extasis* alcanzado por un individuo excepcional, luego de un intenso proceso de aprendizaje que lo lleva a adquirir destrezas en diversos procedimientos de tipo místico. No, es algo más dionisíaco, que apolíneo. Es un *trance* al que se llega por la vía del grupo, de la vivencia de un ritual colectivo intenso que impulsa el debilitamiento del yo psicológico, el cual se diluye en una entidad informe y confusa.

Ninguno de los elementos es menos importante que otro en la búsqueda de ese estado de conciencia alternativo. Todos los elementos tienen estrecha relación con la producción de la experiencia. La vivencia interior de quienes participan en el rito está mediada por el carácter y la intensidad de la música, por el consumo de sustancias psicoactivas, por las características del escenario mismo y por la masa. Podemos decir que se produce un *trance* extático, como estado de conciencia alterado, como resultado de la confluencia de todos estos factores simultáneamente. Todos estos elementos coinciden en que aportan algo en la búsqueda de la alteración de la percepción y del ánimo.

La música *trance*, con su intensidad y frecuencia crecientes, al mismo tiempo que suscita una conexión con ella que permite afectar la conciencia, invita, casi obliga, al movimiento rítmico extenuante de la danza, durante toda la noche, lo que también facilita la disociación. Una danza que puede llegar a ser igual que la música, monótona por lo reiterativa, pero justamente ahí está su poder.

En muchos sentidos esta fiesta constituye un *rito*, un rito secular, pero igualmente rito. Es secular en la medida en que no hay implicado ningún referente sobrenatural, en esta intensa experiencia de abandono personal. Se trata simplemente de una afirmación del grupo por el movimiento, de la primacía del grupo sobre el individuo.

La experimentación con el cuerpo es lo más importante en la vivencia de los *after*. Es sometido al exceso y al extremo que lo conmoverá hasta la disociación, que pone la mente en blanco y la desconecta del mundo. Con un fondo de temor consciente y permanente, los individuos se lanzan a impactar su cuerpo contra la fiesta, probando su resistencia, su capacidad de percibir y de sentir.

Se consumen diversos tipos de sustancias y se miden sus efectos al mezclarlas, casi rigurosamente. Se combinan con los efectos de la música. El *extasis* produce un efecto que se relaciona estrechamente con el de la música, ya que baja los prejuicios para el encuentro con los otros (efecto sobre los sentimientos- *entactógeno*), y lleva al límite la resistencia física al cansancio (efecto estimulante- anfetamina).

El cuerpo es el elemento privilegiado para entrar en contacto con los demás. Sobre él se pone o se actúa lo que se quiere comunicar y a través de él, puesto en un estado de excepción, se perciben las expresiones de los demás. El lenguaje hablado prácticamente desaparece, incluso hasta en la música que casi nunca tiene letras, y en el caso de tenerla, es un texto mínimo que hace las veces de un *beat* más. Son miradas, gestos y movimientos los que median la relación con el otro, una relación extraña ya que cada quien está en su cuenta, no es frecuente la conformación de parejas, se está solo o en pequeños grupos que se apropien de un espacio pequeño dentro del lugar. Son los cuerpos en movimiento los que entran en contacto unos con otros.

Las interacciones están atravesadas por la tensión entre la masa y el individuo, al mismo tiempo que la presencia de la gente es una de las condiciones para una vivencia plena, cada persona está en su “viaje”, en una profunda vivencia interior. La experiencia que se busca requiere de la multitud no sólo para darle validez, sino para producirla en primer lugar. La experiencia es muy personal, incluso íntima, pero se alcanza dentro de un escenario grupal, por esfuerzos compartidos con los otros.

Hasta aquí se hace una lectura del interior de la fiesta, de la vivencia colectiva e individual que tiene lugar ahí. En adelante se dirige el análisis a la reacción que existe entre la rumba y el mundo exterior. Unos son los efectos del paso por este rito en lo que hace relación con la intimidad de sus participantes y otros son los productos de la relación entre este “lugar” y el mundo adulto, el mundo convencional.

La *rumba trance*, en cuanto espacio y tiempo, al ser vividos como algo propio por quienes participan en ella, se constituye en una experiencia vital en la búsqueda de una identidad propia, que significa a la vez, diferenciación del mundo ordinario, decidido y ordenado por los adultos y definido y encarnado por las instituciones tradicionales, familia y escuela. La *rumba trance*, los *after* en particular, se convierte en un espacio ganado en la ciudad, una afirmación de fuerza que triunfa en su clandestinidad sobre las imposiciones, más o menos arbitrarias, del mundo externo. De esta manera el espacio y el tiempo se estructuran y organizan como ámbitos de afirmación, de identidad de los jóvenes y las jóvenes urbanos, símbolo que les permite proyectar y construir una imagen individual y grupal propias.

El espacio, al ser producto de acciones tanto para apropiarlo como para vivirlo, es un ejercicio de reapropiación y resignificación de la ciudad, que se subordina a los deseos de estos jóvenes noctámbulos. Se resignifica no sólo por el hecho de actuar lo prohibido, sino por la inversión y el trastocamiento permanente de los sentidos prescritos, habituales para tales lugares. Se produce así el salto al lugar antropológico, al lugar vivo. Los hangares, las casonas de viejas haciendas, los antiguos edificios del centro de la ciudad, mutan por la acción de la fiesta sobre ellos. De los aviones, la vida familiar burguesa y el local de una tradicional librería bogotana, signos de día, prudencia y mesura, pasan a convertirse en la noche, el derroche y el exceso de los *after*. En un claro ejercicio de poder, una reivindicación de hecho, se alcanza la apropiación de un espacio y de unos desplazamientos “inéditos” por la ciudad.

La vivencia del tiempo también adquiere ese carácter de distancia ante el mundo ordinario, ese tiempo muerto que transcurre entre una *rumba* y otra. Es un tiempo que privilegia el ahora y los objetivos inmediatos, en la medida en que lo festivo es un fin en sí mismo. Regulado por el ritmo de la música y el efecto de los psicoactivos. Trastocamiento otra vez, la “jornada nocturna” invierte el orden día/noche del mundo de la producción. Comienza tarde en la noche y termina con el amanecer. Se produce un tiempo “nuestro”, que se pliega a sus deseos. Los límites de la *ley zanahoria* indirectamente intensifican esta sensación de tiempo propio. La noche no para y el límite de los cuerpos debe ser puesto a prueba, por que la luz del día es lo que marca el final.

No sólo los espacios y los tiempos “objetivos” son inusuales, sino que en tanto nociones psicológicas, también están intensamente afectadas. La vivencia interior espacio temporal está conmovida durante la experiencia. Sin embargo estas rupturas son reversibles y transitorias en la medida en que tienen lugar por ciclos semanales que demarcan una segmentación: vivencia ordinaria-vivencia extraordinaria. Son el espacio y el tiempo de la *rumba*, y en esa medida los identifica entre ellos y frente a los demás. Es su lugar mientras lo ocupan y lo usan y de alguna manera dice algo de quiénes son.

Como identidad colectiva, como tribu urbana o estilo juvenil, los jóvenes y las jóvenes que están vinculados a los *after trance* en Bogotá, se caracterizan por tener ese carácter *cíclico* que va de fin de semana en fin de semana, es una vivencia episódica marcada por la experiencia de la “*rumba*”. Los participantes de las fiestas no se definen como “tranceros”, que es un estereotipo más de los medios de comunicación, simplemente reivindican la importancia que tienen para ellos participar de estos eventos. No son portadores de una ideología explícita, sin embargo son defensores en acto de valores y principios que en buena parte definen las condiciones de la *rumba*. En el caso de los *DJ* esto no es tan cierto, ellos han traído de Europa una postura que define el movimiento como *contracultura*, la escena de las grandes fiestas *raves* que nacen como respuesta a medidas represivas de los Estados en contra de la música *techno*. Mas, sin embargo, reconocen que en nuestro medio esto aún no se da.

En general, la *rumba trance* de élites sociales y vanguardias estéticas, por sus orígenes en importantes bares *gay* de la ciudad, que por tradición son los medios de transmisión subterránea de las innovaciones de la noche a nivel internacional.

Es un espacio para las clases altas, no sólo por sus costos, sino por que los organizadores y los participantes se encargan de asegurar la participación de grupos selectos, por invitaciones restringidas, que pasan de amigo en amigo, o se entregan directamente en los bares, en formas de *flyers* (invitaciones magníficamente impresas y diseñadas) que organizan los *after*.

Se configuran circuitos cerrados, que en la actualidad son difíciles de mantener en la medida en que el fenómeno se

ha popularizado en los medios de comunicación. Esto ha hecho que mucha de la gente que se siente “de la rumba” busque espacios más restringidos o simplemente se retire buscando que aparezca algo nuevo, como un proceso natural de la noche. Entre estas personas hay un rechazo a la comercialización y a la masificación.

Paradójicamente, en medio de tanta selección, algo que define la fiesta “ideológicamente” es la pluralidad, la libertad de expresión y el respeto de la diferencia. Pareciera que una vez garantizado un “nosotros” desde el punto de vista de la clase social y la pertenencia a ciertos círculos, la vivencia de la fiesta amplía y flexibiliza los límites de las convenciones ordinarias. Tal vez por tener origen en la “clandestinidad” del mundo gay, son espacios que se definen por que en ellos se puede hacer de todo y nadie se mete con nadie, se configuran en una especie de “zona de distensión” cultural, donde lo importante es que cada quien encuentre un lugar para expresarse libremente a través del cuerpo, donde la audacia y la novedad son principios fundamentales. Que cada quien se vista como quiera, baile como quiera, consuma lo que quiera, exprese libremente sus elecciones sexuales. Pero eso sí, que no se rompa esa complicidad. La regla de oro es que nadie se meta con nadie, en el sentido en que nadie juzgue mal a nadie, pero en ese espacio tienen cabida una inmensa pluralidad de formas de ser, de “estilos juveniles”, mientras que cada quien

este en lo suyo no hay problema, el *trance* actúa como neutralizador. En otros escenarios, ese mismo encuentro podría generar actos violentos entre las distintas “tribus”, esto es posible en buena parte porque la rumba *trance* no configura un estilo de vida en el mismo sentido en que lo hacen las “tribus” más convencionales, que llevan su propuesta en todos los escenarios de la vida. Los “tranceros” limitan la aparición a las fiestas, más allá de que sus actitudes permanezcan a lo largo de la semana, mimetizadas bajo la apariencia de normalidad en sus lugares de trabajo o de estudio, pasando completamente desapercibidos.

